

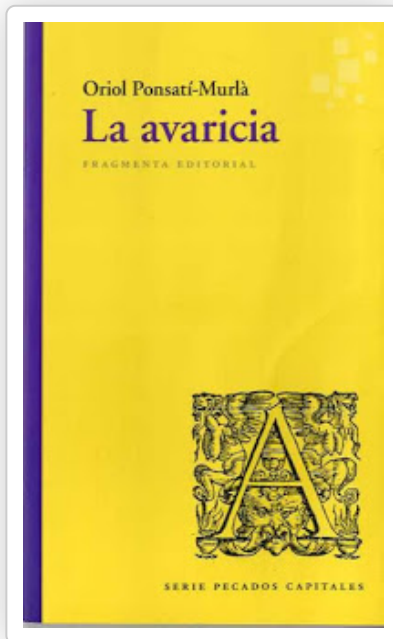
AL DISCURSO

Inici



viernes, 6 de marzo de 2020

AVARICIA SÍ, LA JUSTA



Empiezo este artículo el día de San Tomás de Aquino que, como bien dice el doctor en filosofía Oriol Ponsatí-Murlà en el ensayo **La avaricia**, fue el filósofo que consolidó la lista de siete pecados capitales: soberbia, gula, lujuria, avaricia, pereza, envidia e ira. Siempre me había confesado platónico, buscador de la Bondad, la Verdad y otros Absolutos. Sé que es un ideal que no se logra nunca, pero es bueno ir acercándose lo más posible. La lectura de este breve escrito me ha hecho dar cuenta que, en el día a día, no puedo ser más que un seguidor de Aristóteles. Tengo que reconocer mi error. No me disculpa que la Lógica, fundamentalmente aristotélica, fue la asignatura que me hizo pasar la única noche sin dormir para preparar un examen. He aquí mi trauma universitario que, gracias a la magnífica argumentación, con referencias a los clásicos griegos, latinos, bíblicos y medievales, doy por superado. Miraré de tomar ejemplo y conformarme con pequeñas verdades.

Por todo ello, me aventuro a construir texto a manera de silogismo *sui generis*.

1ª premisa

Hasta el siglo XII, la avaricia era un pecado individual. Yo añadiría de la aristocracia, de los que estaban en la cúspide de la pirámide social, el resto bastante trabajo tenía para sobrevivir. Eran avariciosos porque tenían cosas a perder: coronas, títulos, tierras, dinero o conventos. Podríamos pensar que esto pasaba antes, pero resulta que cuantos más días pasan la avaricia del capital no para de crecer. Me salto todas las revoluciones burguesas y la lucha de clases (ricos contra pobres, burgueses contra proletarios, capitalistas contra comunistas). Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la Caída del Muro de Berlín fue el único periodo histórico en el que no ha ganado la desigualdad. El enfrentamiento capitalismo-comunismo propició la creación del

Estado del Bienestar - prefiero decir **Capitalismo del Bienestar**, porque no fueron los estados sino el capital, la *pela*, quien hacía mover el mundo.

Eran los dos extremos, la codicia capitalista contra el igualitarismo comunista. Entre dos proyectos opuestos, Aristóteles propondría un punto de equilibrio, un punto medio que no está en ninguno de los extremos. En la lucha capitalismo-comunismo el justo medio dinámico fue la creación de la sociedad del bienestar: impuestos progresivos, reparto de la riqueza, la sanidad y la educación universales, infraestructuras y servicios sociales que tienden a la disminución de las desigualdades y nos permiten vivir dignamente.

El lado comunista no funcionó. El capitalismo tiene la virtud de ser muy diligente y eficaz, genera progreso técnico exponencial. Ahora bien, le puede la avaricia y su pecado es que crea desigualdades: los 10 más ricos del mundo superan el PIB combinado de los 85 países más pobres. Ahora no es un pecado individual, más bien al contrario, es global. Si eres muy rico, triunfas. Nada que decir. El pecado ahora es ser pobre. Pobre y burro. Culpable de no saberse espabilar, con tantas oportunidades que te da la sociedad capitalista. Cómo decía Marx, el capitalismo que se ha quedado sin competencia, por exceso de codicia, se autodestruirá. El economista Santiago Niño Becerra dice que, con la última crisis, el capitalismo se acabará y vendrá otro sistema que no todavía no tiene nombre. No lo sé, pero la pregunta no es si lo que vendrá será mejor, lo dudo. La cuestión es si le dará tiempo a llegar antes de que solo quede planeta para las ratas, escarabajos y poca cosa más.

2ª premisa

En el último capítulo del ensayo, **Avaricia y solidaridad**, el actual director del Instituto de las Letras Catalanas cita la definición catalana y castellana de solidaridad que es el contrario de la avaricia. Mientras que para la primera es una "*Entera comunidad de intereses y responsabilidades*", la segunda la considera una "*Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa*". Esto lleva al autor a afirmar que para los catalanes es importante la generosidad que configura el **nosotros**, mientras que los castellanos con la caridad marcan distancia respecto a los otros, **ellos**. En la presentación me aseguré que no tenía la más mínima intención de establecer ningún juicio de valor entre ambos pueblos. Le creo, por eso lo haré yo.

Sé y definiendo que todos somos iguales. Ahora bien, "los seres vivos somos nosotros más nuestro entorno. Todo lo que nos rodea habla con nosotros de forma continua y es la causa de modificaciones físicas y químicas". Esto lo explica el investigador Manel Esteller en el libro **No soy mí ADN**: "el ADN no lo es todo, es la epigenética lo que da un sentido. Son los estímulos ambientales los que provocan cambios que se transmiten a lo largo de las generaciones". Por eso, y siguiendo la tradición historiográfica catalana, podemos decir que desde hace siglos la sociedad catalana se conforma a partir del pacto, la cesión más o menos generosa de las partes por un beneficio común. Mientras que la castellana es la sumisión al autoritarismo retardatario que, por el interés de su causa de la **Unidad** o empresa de la IBEX35, hacen uso y abuso del pueblo al cual solo dan la caridad sobrante.

Conclusión (por reducción dialéctica al absurdo tangencialmente demagógico)

La avaricia es un pecado fluctuante entre el vicio y la virtud. Si eres demasiado avaricioso eres un rácano miserable. Si eres demasiado generoso, un tonto. El problema no es que haya ricos, sino que hay demasiados pobres. ¿Dónde para el justo medio? Quien más se ha aproximado es el capitalismo del bienestar. Avaricia sí, la justa y sin que nos den el pego.